

Cambio climático,



conflictos y resistencias en la Serranía del Perijá⁶

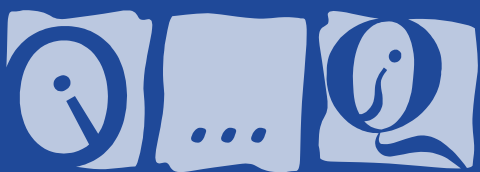
Diego Soledad-Sánchez

Estudiante de Antropología y semillerista del grupo Oraloteca

Fabio Silva Vallejo

Profesor e investigador de la Oraloteca. Universidad del Magdalena

Diego Soledad-Sánchez y Fabio Silva Vallejo: En el taller de aprendizajes e iniciativas comunitarias del Caribe colombiano frente al cambio climático, organizado por el grupo de investigación Oraloteca en conjunto con la Universidad del Marburgo y la Universidad del Magdalena, a finales de febrero de este año, las intervenciones de los asistentes de los diferentes pueblos y comunidades de la región coincidían en que el ser humano ha sido el principal actor responsable de la degradación del medio ambiente. Pedro Pablo Contreras, como campesino de la vereda Altos del Perijá, en el municipio de Manaure (Cesar), ¿cree que los problemas medioambientales que ya estamos atravesando son consecuencia de los intereses personales de las personas?



6. Esta entrevista fue tomada de la transcripción de taller «Aprendizajes e iniciativas comunitarias del Caribe colombiano frente al cambio climático», organizado por el grupo Oraloteca junto con la Universidad de Marburgo (Alemania) en la Universidad del Magdalena los días 24 y 25 de febrero de 2023. Para consultar la transcripción completa, acceda al siguiente enlace: <https://n9.cl/g49y4>



Pedro Pablo Contreras: La problemática de cambio climático la hemos generado de cierta forma como comunidad al intervenir ante la naturaleza. No hemos aprovechado sanamente todos los recursos naturales que tenemos e incluso hemos empezado a talar para expandir los cultivos. Esto ha afectado porque así rompimos la barrera que nos protegía de los vientos en la parte alta, donde es bastante frío. También hemos visto que los cuerpos de agua se han secado y que el páramo se ha calentado bastante, y al mismo tiempo se presentan unos fenómenos de enfriamiento o congelamiento que, si bien se producían en muchas ocasiones por las bajas temperaturas de la zona, ahora que hemos intervenido son más fuertes.

De pronto las costumbres que teníamos han cambiado, sobre todo en una época en que se sembraron cultivos ilícitos como marihuana y amapola.

Esto provocó un daño en la población de la Serranía del Perijá porque, al implementar este tipo de economía, se transformaron a su vez las costumbres de alimentación: ya no producíamos comida, sino amapola, y comprábamos afuera lo que antes nosotros mismos cultivábamos. Además, la aspersion de glifosato afectó los cuerpos de agua, a los animales, a las personas y a mucha vegetación nativa, que se secó, ya que las fumigaciones se hacían desde avionetas a cielo abierto. De esta forma también se degradó el suelo y se generaron plagas, enfermedades, contaminación y muchos fenómenos que han impactado de cierta forma en las comunidades.

Todo este proceso es muy extenso para uno decirlo en un día y explicarlo, pues las prácticas agrícolas que hacíamos eran muy pequeñas, para autoconsumo, y un excedente se utilizaba para vender como modo de subsistencia mínima. Sin embargo, por querer algo de plata adicional o por querer progresar o salir de la pobreza optamos por estos cultivos ilícitos que generaron un malestar en toda la Serranía —no en un solo sector— y, ¿por qué no decirlo también?, en la Sierra Nevada y en casi todo Colombia.

Esto afecta a toda la comunidad, a los microorganismos, porque, además, cuando quisimos dejar de cultivar amapola y marihuana y retornar a la producción lícita, ya el suelo estaba degradado con unas plantas o unas gramíneas que no había y que quisimos combatir con el mismo glifosato. Sin embargo, así se generó más y más contaminación, más problemas en la región: llegaron otras plagas que nunca habíamos visto, y empezamos a utilizar plaguicidas y todo lo demás cuando antes no recurriamos a nada, cultivábamos muy naturalmente. Todo esto representó también muchos cambios en el ambiente, de microorganismos, de fuentes de agua... en fin, en la tierra.

SYS: ¿Desde hace cuánto usted está viviendo en la Serranía?

PPC: Desde 1986.

SYS: ¿Desde ahí se empezaron a ver esos cambios en el suelo?

PPC: Sí, claro que sí, y en el paisaje, en todo. Es que cambia todo totalmente. Todos

los campesinos conocíamos los ciclos de invierno y verano simplemente con las cabañuelas. No sé si las han visto o si las practican: uno contaba según los días de diciembre o enero qué días podía llover en el año, y uno se preparaba para los cultivos frente a eso. No obstante, ahorita no podemos confiar en eso porque ha habido muchas variables que no nos permiten identificar cuándo llueve o cuándo no. Estas cabañuelas han cambiado, y ni siquiera sabemos si están pasando porque no se notan. Ya hemos perdido ese patrón para prever qué iba a pasar en el año con el invierno y el verano.

SYS: ¿Los sistemas de riego y los cuerpos de agua también se veían afectados con las aspersiones de glifosato?

PPC: Sí, claro que sí. De hecho, se han presentado malformaciones en la población por el consumo de agua contaminada. En efecto, fumigaron totalmente en la Serranía, sobre los ríos y los caudales de agua, los caños, los manantiales, y eso afectó la salud de la población en lo respiratorio, lo cardiopulmonar y todo lo demás. Fue la afectación más grande que se pudo haber notado en la Serranía del Perijá.

SYS: ¿Cómo le explicaría la importancia de cuidar el medio ambiente a las personas?

PPC: [Con un ejemplo.] Nosotros, en la parte de la finca, sabíamos cuándo se acercaba la lluvia por el cedro y el tachuelo, dos árboles que tumban la hoja en verano y que, cuando empiezan a brotar retoños de hojas nuevas, indican que va a llover pronto, en quince o veinte días aproximadamente. Ese era el momento en que empezábamos a sembrar el frijol o lo que quisiéramos cultivar para que las primeras lluvias los hicieran nacer. Esto refleja la sabiduría de la naturaleza, de

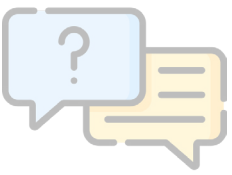
los árboles en este caso, para empezar a tener nuevas hojas porque van a tener la floración y abundancia de aguas para dar sus semillas.

SYS: En el taller se hablaba sobre la naturaleza como todo lo que nos rodea, y cuando nos enseñan a cuidarla es porque nos sirve: hay que cuidar los árboles porque nos dan oxígeno; hay que cuidar las plantas porque comemos. Aunque este vínculo siempre se plantea desde una necesidad de las personas, es el ser humano, en últimas, el del poder, que no utiliza la naturaleza como miembro de ella, a pesar de que debe preservarla para que haya una armonía.

PPC: Hay que darle esa connotación. A veces no lo vemos de esa forma. De pronto debería ser esa relación de todos con lo que existe. Sin embargo, a veces también se puede comprender desde otro punto de vista. Plagas como el ratón, por ejemplo: ya la cantidad de animales que hay, que afecta también la relación armónica y genera desequilibrio. Ahí estamos nosotros también haciendo parte. Estamos en inestabilidad con la naturaleza porque, a pesar de que somos parte de ella, nos hemos procreado tanto que estamos afectándonos nosotros mismos y a todo el entorno.

SYS: Para cerrar, ¿qué percepción tiene sobre la contaminación de la naturaleza?

PPC: Bueno, por un lado, hay una problemática entre comunidades que no tienen agua y que aprovechan las lluvias para el consumo ya que este cambio que hemos



sufrido hace mucho rato está afectando la salud. Antes, por ejemplo, nosotros nos bañábamos en el aguacero, mientras que ahora no dejamos que nuestros hijos lo hagan porque vienen las lluvias ácidas y los primeros aguaceros traen contaminación y, en fin, enfermedades. Ahora se enferman más, mientras que antes uno vivía más sano. Andábamos a pies, descalzos, nos bañábamos en cualquier charco, río, y veíamos que no nos pasaba nada; llovía, y no había afecciones casi de pulmones, éramos sanos. En cambio, ahorita cualquier viento nos resfría, cualquier lluvia nos cae mal: todo esto por la contaminación. Por eso decía el señor: «Se nos daña el agua rápido», por esa misma contaminación; ya el agua viene contaminada cuando cae por todo esto que pasa.

Todas estas fábricas, todos estos procesos de guerra donde fabrican armas que son nucleares, que son de destrucción masiva, este COVID-19 que acabamos de pasar: son procesos de contaminación también, efectuando algunos análisis o introduciendo algunos virus para controlar la raza humana.

Yo creo que eso lo hicieron con esa intención: controlar un poco, matar un poco de gente para disminuir toda la cantidad de personas que existen, pero eso también afecta porque ¿con qué crearon ese virus? Eso está contaminando el ambiente, contamina y se riega y afecta no solamente a los humanos, sino también a los animales, a todos los demás.

Es un proceso de contaminación total en el que estamos muy inmersos, junto

con toda la naturaleza, y a los entes gubernamentales no les interesa mucho; simplemente a los ambientalistas o a las corporaciones autónomas regionales o a las entidades que tienen que ver con la protección del ambiente, y aun así lo que realmente buscan es el recurso que generan a través de proyectos que se inventan y que ejecutan a pesar de que en cierta forma no impactan positivamente en la naturaleza. Por ejemplo, en tiempos de sequía plantan unos árboles por los que pagan 5.000, 10.000 millones de pesos, aunque se van a morir y nunca van a generar o a causar el efecto que deberían. Por este motivo hemos discutido con las gobernaciones, con Corpocesar [Corporación Autónoma Regional del Cesar], con organizaciones que han llegado a querer montar iniciativas de conservación que no llevan a ningún fin.

El único proyecto que yo siempre he puesto en conocimiento es uno que se dio con una organización llamada Fundación Wii [Fundación para la Investigación y Protección del Oso Andino], que vino a la vereda cuando yo era presidente a proponernos conservar el hábitat del oso de anteojos. En esa época les pregunté: «¿En qué nos beneficia o nos afecta? Él está allá arriba, y nosotros estamos acá abajo cultivando. ¿Ese proyecto para qué lo necesitamos nosotros? Ustedes vienen a ganarse una plata». Sin embargo, ellos ajustaron su propuesta y dijeron: «Bueno, listo, nosotros sí necesitamos conservar la especie porque nosotros trabajamos es con eso: conservar las especies que hay».

Lógicamente, ellos estudiaron para eso, para determinar qué tenemos que conservar, qué tenemos que hacer, pero al mismo tiempo tuvieron la capacidad de entender a pesar de que nosotros considerábamos que la conservación era un negocio. Podíamos



cuestionar, por ejemplo: «¿Por qué tengo que conservar el agua, además de que la necesito para tomar?». Ahora bien, gracias a su apoyo montamos un proyecto de moras sin espinas en el municipio de Manaure, en un sector en el que vivíamos veinte familias con siembras de amapola. Esas plantaciones exigían mucha humedad, por lo que se debían buscar arroyos para sostenerlos. Así, los impactos de las fumigaciones nos llevaron a cambiar de producto. La fundación, entonces, nos sugirió optar por la mora, un fruto que es perenne y ayuda a la conservación. Hoy día ese proyecto permitió que la comunidad abandonara los cultivos ilícitos a la vez que, en contraprestación, se estableció un compromiso de no quemar, no talar y no cazar.

Aunque al comienzo la gente no mostró interés porque no conocíamos la mora, se estableció media hectárea de este cultivo para cada campesino, lo que tuvo un gran efecto. A mí me enorgullece haber participado en ese proyecto y ver que hoy en día todas esas familias, y muchas más, viven de esa alternativa porque dejaron de plantar cultivos ilícitos, que además había que tumbar todo el tiempo porque solo producían un par de veces hasta que sufrían de alguna plaga, lo que nos obligaba a trasladarnos. La mora, en cambio, se estableció en un solo sitio y es perenne mientras uno la esté cuidando y podando. De esta forma se dejaron de utilizar grandes extensiones de territorio, de cinco o seis hectáreas, para sembrar muchas cosas, ya que lo máximo que puede manejar una familia es una hectárea de mora, y con ello basta para subsistir, vivir y tener un recurso adicional.

El proyecto con la fundación nos permitió conservar y hacer un proceso que me pareció interesante, pues además se capacitó a los cultivadores y a los campesinos en conservación, en otras formas de utilizar lo que tenemos con nosotros –las montañas, las aves– solamente con verlo: aviturismo, agroturismo... Toda una forma de turismo y de conservación desde la observación, que ha permitido que esta actividad se haya expandido en Manaure.

Ahora, también vemos una afectación ya en este sentido, porque nosotros como campesinos solo podemos mostrar lo que tenemos, lo que producimos, la casita bien viejita que tenemos, que vimos en fotografía, que a mucha gente no le llama la atención porque una casa fea allá... «¿Qué voy a mostrar?». Sin embargo, cuando un empresario viene y nos compra la tierra, también nos causa un daño porque nos desplaza. Yo lo decía y discutí mucho... me tocó dejar de hacerlo porque recibía amenazas con una entidad que llegó, llamada Proas. Ellos llegan, se establecen y empiezan a comprarles la tierra a los campesinos a un precio que no corresponde pero que a nosotros nos parece bueno porque, cuando no tenemos plata, cualquiera nos sirve.

Así, una familia se va al pueblo con treinta o veinte millones de pesos y no le alcanza ni para comprar una casa, y al pagar

arriendo no puede comprar todo que antes producía por su cuenta y se comía. Este desplazamiento implica una problemática mayor porque, entonces, además de una renta, se debe pagar agua, luz, TV cable... Ya compró una nevera y compró una moto y se gastó la plata, ¿y qué quedó haciendo? Trabajando al día por ahí, pasando necesidad porque no hay oportunidad de trabajo para los que no tenemos una profesión. Eso lo veía y lo veo como una problemática.

La entidad que empezó a adueñarse de todo recibe unos recursos de cooperación internacional o de unas universidades norteamericanas para conservar. Traen personas de Estados Unidos para mostrarles lo que están conservando y demarcan más sitios de los que compran; les ponen letreros para decir que son de ellos y recibir más recursos. Además, hacen turismo que, pues, es normal, pero no utilizan a las personas o guías locales. Ellos ahí tienen personal: llevan quien les cocine, un chef; llevan los carros de aquí de Santa Marta; llevan todo y no queda nada. Entonces están afectando la economía también del municipio porque ¿qué queda en el municipio? Nada, y eso genera una problemática cuando desde lo local no hay cómo brindar esas comodidades y, digamos, ese servicio.

Conservamos las aves y todo, podemos mostrar, y con solo mostrar nos pagan. Yo soy guía turístico empírico, técnico ambiental, pero entonces se ve uno afectado porque ya vienen profesionales que hablan inglés y además han estudiado ornitología. Lógicamente, así no van a buscar al guía local, al campesino, que se puede ganar treinta o cincuenta mil pesos por un viaje, cuando a ellos les están dando ochenta y cien mil pesos o más, o 1.800 dólares que hasta el año pasado cobraban por un

recorrido con carro y todo lo que incluya, y al municipio no le queda nada.

Así pues, mientras los campesinos se van desplazando a medida que la producción agrícola va bajando y se van presentando plagas, enfermedades, sequías y fenómenos antrópicos como vientos fuertes huracanados, lluvias ácidas... en fin, todo lo que ha venido ocurriendo, otros vienen, se establecen y se aprovechan de esto que es una oportunidad de sacar un dividendo de la conservación. Todo ello representa una problemática frente a soluciones como esta que estoy planteando, un proyecto en el que se estableció media hectárea de mora y del que hoy en día viven miles de familias. Algunas se han resistido ahí a toda la gente que va a comprar: «Te doy cien millones», «Te doy ochenta millones», y otros, que nunca han tenido cien millones en la mano, claro, se unen al pueblo y empiezan a trabajar al día otra vez para ganar medio el sustento, pero es más difícil porque hay poco empleo.

Están construyendo *glampings*, estaciones y miradores, pero los que tienen los recursos, y nos están obligando a salir del territorio. Este tema cabe dentro de los efectos del cambio climático porque ellos no tienen qué ver y vienen a construir y a destruir lo que hay. No les interesa ni siquiera lo que de forma natural conservaba uno. Mientras que ustedes como campesinos, el señor y yo, y los amigos de la Sierra Nevada, los yukpas, producíamos únicamente para el sustento una hectárea o máximo dos, estos que vienen tratan de ganar lo que más puedan, y en lugar de sembrar una hectárea de mora, que es lo máximo que puede manejar una familia, abarcan cinco o diez y pueden meter todo el personal que sea ahí a trabajar, pero eso afecta también.

Es algo que veo como problemática: la llegada de personas que no son del sector y que no son campesinos, que vienen con sus recursos y desplazan, dañan todo esto, aunque el turismo es una forma de conservación. Debería hacerse, sin embargo, desde la parte local: los alcaldes, los gobernadores, las CAR (Corporación Autónoma Regional) vean de ese ambiente. Se trata de generar la conservación a través de las comunidades y no desde otras partes.

Yo decía, una vez con un alcalde, que, si el recurso se lo dan al campesino o al guía local, se genera una economía local y circula el recurso, no se empobrece el municipio. En cambio, si me llevan a un ingeniero de Valledupar, de Santa Marta... de cualquier lado, ese se va a llevar el recurso que gana ahí para allá y no va a circular en este territorio, lo cual afecta. Hemos discutido con gobernaciones, alcaldías y corporaciones autónomas regionales la forma en la que hacen los proyectos para ejecutarlos y a quiénes se los dan.

Por ejemplo, están sembrando frailejones en Sabana Rubio, algo que aplaudo porque son, digamos, los colchones de agua que están en los páramos y los que pueden contribuir a restaurar un poco la parte alta de la Serranía, pero ¿cómo lo están haciendo?, ¿quién le pone el ojo? Nadie. Sembraron 2.000 plantas en época de verano con otros árboles e hicieron la siembra como quisieron. No hubo veeduría, no hubo nadie que se percatara de cómo lo estaban llevando a cabo. Uno se queja es

por la forma en que ejecutaron el proyecto, porque apenas hubo un poquito de verano quedó claro que eso no se había hecho bien.

Luego, cuando le iban a hacer la interventoría a la iniciativa, le metieron candela en una parte y, claro, la Serranía se quemó. En gran parte se quemaron los frailejones, y no pasó nada porque fue un incendio que los quemó; lo malo que habían hecho se cubrió con ese fuego, y ahí están sembrando cinco mil frailejones más. ¿Cómo lo están haciendo?, ¿le están haciendo vigilancia? No, nadie se gana un recurso, y ¿quién negocia eso? Los señores de Corpocesar, los ingenieros que están ahí, dicen: «Oye, te voy a dar un contratito. Ya sabemos cómo vamos ahí». Otro contratito, y empiezan. Buscan la organización que montan ellos mismos y se reparten la plata y hacen lo que sea.

Lo que se ve es que están construyendo casas de dos o tres plantas y, ¡juepucha!, está dando bastante ese proyecto, pero la plata se queda es en construcción en vez de invertirse en el territorio. Se están utilizando los recursos y no hay vigilancia, de manera que las entidades no están haciendo lo que deberían. Les están pagando un sueldo, más o menos un recurso se lo arrancan, para que quede mal hecho. Lo mismo es la corrupción de vías. En fin, la corrupción también está afectando los territorios■